

Del liberalismo, al neoliberalismo, al libertarismo. El caso de Argentina bajo la presidencia de Javier Milei

From Liberalism to Neoliberalism to Libertarianism: The Case of Argentina under President Javier Milei

José Carabajal 

Centro de Investigaciones Jurídicas y Sociales – Universidad Nacional de Córdoba

licenciadojdc@gmail.com

Carabajal, J. (2025). Del liberalismo, al neoliberalismo, al libertarismo. El caso de Argentina bajo la presidencia de Javier Milei. *Conocimiento i Política*, 5(1), 71–92.

Resumen. A lo largo de su historia reciente, durante los siglos XIX al XXI, Argentina atravesó muchas y diferentes etapas políticas: desde gobiernos *populistas progresistas* —como el peronismo y el kirchnerismo—, hasta expresiones *liberales conservadoras* (finales del siglo XIX, con las ideas de Alberdi y las presidencias de Sarmiento, Roca, Mitre, entre otros), *autoritarismos liberales* (dictaduras militares del siglo XX), *neoliberales* (finales del siglo XX y lo que va del siglo XXI, con las presidencias de Menem y Macri), y, recientemente, los denominados *liberales libertarios* o *neoliberales extremos*, bajo la presidencia de Javier Milei y su frente electoral “La Libertad Avanza”. En este ensayo se reflexionará sobre los aspectos políticos y democráticos del neoliberalismo y su llegada al gobierno, en esta última expresión de corte netamente *economicista* —pues su líder y actual presidente es un economista de formación académica—, que pretende reformar el Estado argentino y su ciudadanía desde lo puramente económico, y no desde lo político como herramienta de transformación. Para ello, se analizarán sus estrategias de campaña y su gestión de gobierno como expresión de la *derechización extrema* del neoliberalismo surgido en los años ‘90, y como profundización del neoliberalismo aplicado durante el gobierno macrista (2015–2019), con el cual comparte coalición de gobierno, representación parlamentaria

Palabras clave: Argentina • gobierno • neoliberalismo • libertarismo • Milei

Abstract. Throughout its recent history, from the 19th to the 21st century, Argentina has gone through many different political stages: from *progressive populist* governments such as Peronism and Kirchnerism, to *conservative liberal* experiences (in the late 19th century, with the ideas of Alberdi and the presidencies of Sarmiento, Roca, Mitre, among others), *liberal authoritarianisms* (military dictatorships of the 20th century), *neoliberal* administrations (from the late 20th century to the present, under the presidencies of Menem and Macri), and, more recently, the so-called *libertarian liberals* or *extreme neoliberals*, under the presidency of Javier Milei, with the electoral front named “La Libertad Avanza”. This essay reflects on the *political* and *democratic* aspects of neoliberalism and its arrival in government in this most recent expression of an overtly *economistic* neoliberalism —since its leader and current president is an academically trained economist— that aims to reform the Argentine State and its citizens from a purely economic perspective, rather than from a political one as a tool for transformation. To this end, the analysis focuses on their campaign strategies and governance, seen as an expression of the *far-right radicalization* of neoliberalism that emerged in the 1990s, and as a deepening of the neoliberalism implemented by the Macri government (2015–2019), with which it shares a government, parliamentary, and electoral alliance under *Mileism*.

Keywords: Argentina • government • neoliberalism • libertarianism • Milei

1. Introducción

El neoliberalismo es una racionalidad que, a diferencia del liberalismo clásico, se instala en el ser humano. Ya no se trata de una simple teoría abstracta, especulativa, pura, que queda en los libros, como el liberalismo clásico de Adam Smith, David Ricardo o John Locke, quienes proponían una teoría descarnada, impersonalizada, sin sujeto que la llevase a cabo: una mano invisible, una voluntad abstracta, casi una metafísica que haría rica a las naciones si solo se permitía a las fuerzas económicas llevar a cabo su consigna de “dejar hacer y dejar pasar”.

No cabe duda de que el continente está transitando una nueva oleada de *derechización*, de extremo a extremo. Desde Estados Unidos, con el gobierno de Donald Trump, hasta la Argentina, con la presidencia de Javier Milei, América se encuentra atravesada por el neoliberalismo instalado en sus respectivos gobiernos. Esta nueva racionalidad

ha dejado atrás sus antiguos ropajes solo económicos, empresariales y financieros, para intervenir de manera directa en la toma de decisiones del Estado, en el corazón mismo del poder político.

Antaño —décadas de 1960 y 1970—, la forma de hacerse con el poder político de las fuerzas neoliberales eran los golpes de Estado perpetrados por militares contra gobiernos legítimos elegidos democráticamente, lo cual cayó en descrédito por la brutalidad de las dictaduras militares que torturaron y desaparecieron a miles de personas en el Cono Sur, bajo el denominado “Plan Cóndor”, amparadas por la “doctrina de seguridad nacional” elaborada en Estados Unidos para ser implementada por los gobiernos de facto en Latinoamérica.

Una vez recuperada la democracia en los países de América del Sur —durante la década de 1980—, se sucedieron diferentes gobiernos neoliberales durante los años noventa. En este ensayo de reflexión se abordará la experiencia argentina con el actual gobierno de Milei como expresión del *neoliberalismo economicista* más extremo del último tiempo. Esto ocurre tras la década menemista (Partido Justicialista, 1989–1999), el breve período de Fernando de la Rúa (Alianza U.C.R.¹ – FrePaSo², 1999–2001) y el macrismo con el PRO³ (2015–2019), considerados gobiernos entre *liberales conservadores* (Menem y De la Rúa) y *neoliberales moderados* (Macri).

2. El neoliberalismo como racionalidad económica y política

El neoliberalismo es, ante todo, una racionalidad: un dispositivo que se insertó en la ciudadanía desde los poderes económicos a través de la cultura. Afirma Auat (2021, p. 13) que: “(...) Bien podría llamarse ‘ductilidad’ a esta capacidad de acomodamiento del neoliberalismo respecto de las culturas y situaciones en las que lo encontramos, no como un elemento extraño venido de afuera, sino como una nueva figura de viejos comportamientos”.

Esta racionalidad no queda en la mera abstracción del pensamiento o del raciocinio, sino que además llama a la acción: a hacerse cargo de sí mismo, a superar sus límites permanentemente, a competir con sus pares. En el juego del neoliberalismo —el libre

¹Unión Cívica Radical

²Frente del País Solidario

³Propuesta Republicana

comercio, la ley del más fuerte, del más apto— solo quienes se adapten a los cambios sociales y económicos sobrevivirán (Laval y Dardot, 2013, 2017; López Álvarez, 2019; Auat, 2021).

Ya Foucault (1979, p. 149) afirmaba que la sociedad neoliberal “(...) es una mecánica de poder que permite extraer de los cuerpos tiempo y trabajo, más que bienes y riqueza”.

Como explica Brown:

“El término ‘neoliberalismo’ fue acuñado en el Coloquio Walter Lippmann de 1938, una reunión de académicos que sentaron las bases intelectuales de lo que tomaría forma como la Sociedad de Mont Pèlerin una década más tarde. El neoliberalismo es comúnmente asociado con un paquete de medidas de privatización de la propiedad pública y los servicios públicos, que reduce radicalmente el Estado social, controla el trabajo, desregula el capital y produce un clima de impuestos y tarifas amigable para los inversores extranjeros. (...)” (2021, pp. 42–43)

Este modelo economicista ha impregnado tanto las relaciones humanas y sociales que, incluso en las relaciones de pareja, se adopta como modelo al “hombre o la mujer de alto valor” (no de altos valores morales, sociales, éticos, etcétera); es decir, aquella persona percibida como apetecible, triunfadora, modelo de éxito social, económico, laboral, empresarial, etcétera —contrariamente a los valores tradicionales de familia, trabajo estable, paternidad, moral cristiana, etcétera. Esto es visto como un trofeo por el que hay que competir y ganarse: ya no entran en juego consideraciones de tipo afectivo, sino competitivo.

Tal como dice Pablo López Álvarez:

“Este mismo modelo se aplica a las formas de subjetividad. Contra lo que suele decirse, el modelo de subjetividad del neoliberalismo no prolonga las figuras del liberalismo clásico: el *homo œconomicus* del interés, el egoísmo y la propiedad. Por el contrario, la teoría del capital humano y la figura del empresario de sí inducen en el sujeto la aspiración a una libre relación con sus propias capacidades, a un trabajo autónomo permanente sobre aquello que puede conducir su vida a un mayor valor. El sujeto se inscribe en un marco relacional en el que el objetivo no es la ganancia, sino el aumento de

valor: cada acción supone un incremento o una disminución cuantificables de la valoración de los sujetos, y el modo en que estos son gobernados y se gobiernan a sí mismos puede alterarse en virtud de la adopción de patrones de autoevaluación diferenciados. (...)” (López Álvarez, 2019, p. 130)

De este modo, el liberalismo clásico nada tiene que ver con el neoliberalismo, que resulta ser un dispositivo insertado desde afuera, desde un discurso que pretende ser neutro, puramente económico, pero que, por ser discurso, es necesariamente político. El liberalismo no pedía nada a la persona ni al Estado, solo dejar hacer, dejar pasar. Ni siquiera coinciden en la necesidad del Estado, puesto que para el liberalismo es necesario un Estado mínimo —pero Estado al fin—; por otra parte, para el neoliberalismo solo se necesitan los individuos, dispuestos a trabajar, a negociar, y nada más. El libre intercambio de mercancías materiales, tan propio del liberalismo, es reemplazado por el libre flujo de dinero, abstracto, en cuentas bancarias (Murillo, 2018; Paolicchi, 2021; Semán, 2021; Brown, 2021, 2016; Fraser, 2023).

Los comienzos del neoliberalismo pueden encontrarse enunciados por Paolicchi (2021, p. 5):

“Una primera referencia más o menos segura en este punto pueden ser los participantes del Coloquio Walter Lippmann de París en 1938 y luego los asistentes a la fundación de la Sociedad Mont Pèlerin en Ginebra en 1947. Allí participaron los principales representantes de lo que luego serían las más importantes corrientes de lo que se llama neoliberalismo, es decir, Friedrich Hayek, Ludwig von Mises o Alexander Rüstow. (...)”

El neoliberalismo se puede definir como una racionalidad económica donde lo económico coloniza, fagocita o canibaliza otras áreas del conocimiento y aspectos de la vida tanto personal como social (Brown, 2021, 2016; Fraser, 2023), de modo tal que todo gira y depende de la economía de mercado, tanto nacional como internacionalmente, puesto que “(...) El mecanismo de sujeción a organismos internacionales fue la deuda externa. Los dispositivos de legitimación puestos en marcha incluyeron a las universidades, especialmente a las carreras de Ciencias Económicas. (...)” (Auat, 2021, p. 4).

De hecho, el actual presidente Milei obtuvo el grado académico de licenciado en Economía en una universidad privada de Argentina. Como explica Paolicchi, “(...)

algunos teóricos sí han identificado un sujeto que debe llevar adelante las transformaciones para superar los inconvenientes de una democracia plural, aunque estos actores como tales a veces no existen en la realidad, sino que deben ser formados. (...)” (2021, p. 17), lo cual da cuenta de que el principal instrumento del gobierno del neoliberalismo es la economía, y no el derecho, la ciencia política, la política social o las políticas públicas, a diferencia de anteriores gobiernos que utilizaron herramientas de índole más política para sus gestiones.

“(...) Implícitamente Eucken y más explícito en Röpke (1950, p. 305 y ss.), ambos piensan en una especie de servicio civil que debe llevar a cabo de manera tecnocrática el conjunto de reformas para asegurar un orden competitivo.” (Paolicchi, 2021, p. 17)

“Régimen de gobierno y de subjetivación, convergencia con el posmodernismo y las ideas anarco-libertarias contra toda dominación, posverdad y digitalización, anonimato algorítmico y revancha de clases dominantes, dominación pacífica y violenta, voluntaria y dirigida, total y adaptable a cada situación. Cada vez descubrimos más facetas, más líneas posibles de estudio del neoliberalismo.” (Auat, 2021, pp. 3–4)

Otra perspectiva más amplia y complementaria la aporta López Álvarez:

“(...) Suele destacarse que la palabra neoliberalismo es hoy empleada casi exclusivamente desde una perspectiva crítica, y que parece aludir a realidades muy diversas: de la construcción de un sistema supranacional de disciplinamiento económico a las transformaciones en los modelos del yo, la emergencia de nuevos patrones culturales o el rediseño de los espacios urbanos. (...)” (López Álvarez, 2019, p. 125)

Así, una diferencia sustancial entre el liberalismo clásico y el neoliberalismo es que el primero no requería intervención humana: era una mano invisible que actuaba independientemente de la voluntad de las personas; mientras que el neoliberalismo exige esa voluntad, de carácter político, para accionar sobre las instituciones: ya sea para controlarlas a gusto y placer, inhibirlas —cuando no eliminarlas—, mayormente con el fin de quitar controles aduaneros y demás trabas al libre comercio; o bien para potenciarlas, con el objetivo de dictar normas que protejan y aseguren la propiedad privada.

También señala López Álvarez:

“Pero el ‘neo’ del neoliberalismo se justifica igualmente por la distancia que sus teóricos establecen con el liberalismo clásico. Es necesario, ante todo, dejar atrás la mística liberal: una concepción que ve en las interacciones mercantiles un fondo ‘natural’, algo que sería imprescindible ‘liberar’ o ‘no obstaculizar’ para permitir una óptima producción de riqueza y equilibrio. El liberalismo clásico quiso asegurar la libertad del intercambio, que pudo pensar como espontáneo. El neoliberalismo, en cambio, gira en torno a la competencia, y asume que esta no es connatural a ninguna sociedad humana. Se necesita una vigilancia constante para lograr que las relaciones sociales y los diseños institucionales —productivos, educativos, sanitarios, culturales— se conduzcan por el principio de la competencia generalizada y puedan estar a la altura de sus verdaderas capacidades. (...)” (López Álvarez, 2019, p. 126)

Esta nueva arremetida neoliberal se sustenta sobre cuatro pilares básicos: economía de ajuste, represión policial, desprestigio de la clase política y exclusión de los marginados. Todo ello exige una negación solapada —cuando no explícita— de las instituciones de derecho y de la democracia misma. Por eso no le resulta extraño alinearse con elementos y personajes autoritarios o dictatoriales, puesto que alla

Para lograr este objetivo, se debe desmontar toda política pública orientada al pueblo, negar derechos laborales, sociales y de diferentes minorías: raciales, étnicas, sexuales, personas con discapacidad, jubilados, etcétera; en definitiva, todas aquellas personas que no puedan aportar trabajo al engranaje productivo del capitalismo mundial y que signifiquen una carga, un gasto, una erogación subsidiada con impuestos. Esta visión de la realidad es la base de todo su negacionismo de lo social, del otro (Auat, 2021; Brown, 2021, 2016; Fraser, 2023).

“(...) Desde esta perspectiva, las distintas racionalidades políticas y tecnologías de gobierno que se ponen en práctica en la gestión de la actividad económica, la vida social y la conducta individual no pueden reducirse a una misma raíz institucional. Comprender el neoliberalismo exige atender a un modo de racionalidad transversal a diferentes ámbitos —empleo, salud, sexualidad, cuerpo, educación, consumo, urbanismo—, expresada en múltiples técnicas de gobierno y dotada de una alta capacidad de

recombinación.” (López Álvarez, 2019, p. 128)

Cabe preguntarse cuál es el interés del neoliberalismo en destruir o achicar a su mínima expresión al Estado. La respuesta sería: el egoísmo patrimonialista de quererlo todo en exclusividad solo para un grupo minoritario de socios accionarios. Al ampliarse el Estado con gobiernos progresistas, se amplía su base, su alcance y se distribuye entre más sectores la riqueza; pero al comprimirse, se contrae su radio de acción, circunscribiéndose a quienes detentan el poder y sus asociados económicos.

El neoliberalismo, desde sus inicios, se plantea como un proyecto global, un conjunto de ideas más o menos homogéneas, coherentes entre sí y con un objetivo común: contribuir a la expansión de los grandes capitales financieros y corporaciones transnacionales que aspiran a aumentar sus ingresos mediante el empobrecimiento de las naciones. Para ello, debían idear una doctrina, un *corpus* de ideas que sirviera para oponerse a otra ideología que también tiene aspiraciones internacionales (la Internacional Socialista, el Partido Comunista, la Liga de los Justos o la Liga Comunista, etcétera): el socialismo, el progresismo o como quiera denominarse.

“(...) La idea de modernizar el liberalismo haciendo frente a los errores del viejo liberalismo es la manera cómo piensan los neoliberales que pueden estar a la altura del desafío que representan el keynesianismo y el colectivismo en todas sus formas.” (Paolicchi, 2021, p. 8)

Pero, mientras el socialismo tenía una base partidista y ya venía desde sus comienzos realizando tareas de militancia en fábricas y sindicatos, el naciente neoliberalismo solo contaba con una vieja y abstracta teoría liberal, que no era suficiente para convencer a la gran mayoría sobre las bondades de su sistema. Ello motivó a los teóricos neoliberales a idear una estrategia de carácter global, que no quedara como una mera formulación de ideas económicas, sino que tuviera un basamento político y una praxis de poder en el espacio público (Murillo, 2018; Paolicchi, 2021; Semán, 2021; Auat, 2021; Brown, 2021, 2016).

Dice Susana Murillo:

“La estrategia trazada en 1938 consistió en gestionar un nuevo liberalismo, o ‘neoliberalismo’, término que surgió del Coloquio, no sin debates, pero que habría sido acuñado por von Mises en 1927, aunque esta versión es discutida por miembros de organizaciones liberales actuales (Gherzi 2004),

que se resisten a llamarse a sí mismas ‘neoliberales’ (debido al descrédito de tal significante) y por grupos que critican al llamado ‘neoliberalismo’ desde posiciones autodenominadas ‘liberales’ (McMaken 2016). Lo cual muestra (aunque no analizaremos aquí esta disputa) que desde sus comienzos hasta el presente, lo que denominamos ‘neoliberalismo’ no fue una unidad, sino una tendencia del gran capital, acuciada por contradicciones internas respecto de cuáles deben ser sus lineamientos estratégicos y sus tácticas. (...)” (Murillo, 2018, p. 403)

Estas son las credenciales de presentación del neoliberalismo, que de *neo* no tiene nada, porque su basamento teórico se apoya en postulados liberales (libre comercio, productividad, capitalismo, etcétera) y antiguas prácticas colonialistas (violencia, racismo, sexismo, dependencia económica, cooptación de gobiernos, extractivismo de recursos naturales, etcétera), más antiguas que el marxismo que pretende combatir y que supuestamente estaba muerto como gran relato de la modernidad (Vattimo, 1987). El propio neoliberalismo intenta erigirse como un nuevo gran relato de la posmodernidad.

3 Neoliberalismo y sociedad civil

Según la lógica neoliberal, los problemas económicos son producto de la intervención del Estado en los mercados. Esto trae como consecuencia los problemas sociales, a los cuales los gobiernos deben dar respuesta. El inconveniente con este silogismo es que, si fuera así, los propios mercados —como parte de una economía inserta en un sistema social— serían, por tanto, parte del problema y no solo el Estado, como se quiere hacer creer. Como señala Brown, “el relato anterior, ajustado a una aproximación neomarxista, formula el neoliberalismo como un ataque oportunista por parte de capitalistas y sus lacayos políticos contra los Estados de bienestar keynesianos, las socialdemocracias y el socialismo de Estado” (2021, p. 43).

Las clases medias y altas, que tenían que compartir su ascenso social con quienes antes consideraban de clase baja o inferior, no toleraban tener en común espacios que consideraban de exclusividad (clubes sociales y deportivos, *shoppings*, barrios, ciudades, medios de transporte, marcas, etcétera), en igualdad de condiciones con aquellos que podrían ser sus inferiores o, al menos, sus empleados.

Antes bien, el nuevo populismo de derecha dura se nutre directamente de la herida del privilegio destronado que la blanquitud, el cristianismo y la masculinidad garantizaban a aquellos que de otra forma no eran nada, ni nadie. (Brown, 2021, p. 26)

Los sectores altos reaccionaron con odio de clase y desprecio racial por tener que compartir aviones, viajes al exterior, *shoppings* y otros ámbitos, objetos o actividades de distinción con los sectores medios o bajos de la población. Nunca se trató de dinero, sino de distinción: del lugar que se ocupa en la sociedad. El problema es, pues, la igualdad. Pero como esto es inconfesable, se esgrime la amenaza a una libertad reducida a “mi” libertad de permanecer en el lugar de privilegio que (“por mis méritos”) ocupo y que parece necesitar de la exclusión jerarquizante de otros. (Auat, 2021, p. 11)

Así se restringen derechos antes reconocidos a las minorías (personas con discapacidad, de diversidad sexual, racial y étnica, feministas, trabajadores independientes, etcétera) mediante la derogación de leyes que los ampliaban, la quita de subsidios a quienes más lo necesitan y la negación de servicios públicos que antes llegaban a la mayoría de la población. Como indica Paolicchi, “se podrá decir que en el sistema político la igualdad es solo formal y que una cantidad importante de derechos son solo ejercidos por quienes tienen la capacidad efectiva (económica) para ejercerlos” (2021, p. 16).

Una cosa es ejercer esos derechos y otra es hacerlos valer en estrados judiciales. En palabras del mismo autor, “pero claramente son dos problemas diferentes: uno es que exista una legislación y no se cumpla, otro es que no haya legislación en absoluto” (Paolicchi, 2021, p. 16).

Tal como afirma este autor, el neoliberalismo deja implícito que los derechos son únicamente para quienes tienen dinero para pagarlos, como casi todo en la vida neoliberal: salud, educación, seguridad, justicia, etcétera. El problema se plantea con el aspecto público del Estado y la política, pues ambos son creación del ser humano para mejorar su calidad de vida, para el bien común como fin supremo de la actividad estatal y política, garantizando el acceso a estos servicios para toda la población sin discriminaciones de credo, raza o clase social. Caso contrario, el Estado habrá fallado en su misión: ya no tendría más razón de ser y significaría un retroceso para

la humanidad en términos de canibalización. Se volvería a una etapa feudal, como mínimo, puesto que cada quien debería acordar con su “señor” —un ente privado, una empresa— la provisión de dichos servicios o, de algún modo, proveérselos por sí mismo, o quedar librado a su suerte.

Como afirma Brown:

No reconoce la desintegración de la sociedad y el descrédito del bien público por parte de la razón neoliberal como preparatorios del terreno para los llamados “tribalismos” emergentes en tanto entidades y fuerzas políticas en años recientes. No explica cómo el ataque a la igualdad, combinado con la movilización de valores tradicionales, pudo recalentar y legitimar racismos cocinados a fuego lento por los legados coloniales y esclavistas (lo que Nikhil Singh llama nuestras “guerras internas y externas”) o el nunca evanescente carácter de la superioridad masculina. (...) (Brown, 2021, p. 28)

El neoliberalismo aduce que la justicia social y la solidaridad son antinaturales, creaciones humanas que distorsionan el espíritu competitivo natural del hombre primitivo que lucha por su propia supervivencia (Hobbes, 2005), y que esa distorsión luego se traslada y refleja en el anormal funcionamiento del mercado, la política y la vida social en general.

Desde el discurso neoliberal se concibieron dos tipos de pobres: uno, moralmente aceptado, que trabaja por su cuenta o en fábricas, vive modestamente de su trabajo, no demanda nada del Estado, soluciona sus problemas por sí solo, un sujeto individualista y egoísta. Por otro lado, se modeló un segundo tipo de pobre: el vago, el desempleado voluntario, el delincuente, el que se aprovecha del Estado mediante planes de política social y subsidios, el borracho, el drogadicto, la persona con falsa discapacidad, etcétera. Como señala Brown, “y al mismo tiempo la coloca como responsable de la desintegración del tejido moral, de las fronteras inseguras y de darles todo regalado a quienes no lo merecen” (2021, p. 33).

Al primero se lo ensalza como epítome de las virtudes del pobre; al otro se lo descalifica, denigra, ridiculiza, estigmatiza y denuncia, como si la pobreza fuera un estado feliz que se inventa para aprovecharse del erario público, perdiéndose de vista que no se debe combatir al pobre, sino a la pobreza.

El neoliberalismo presenta los mercados y la moral como formas singulares de provisión de necesidades humanas que comparten dinámicas y principios ontológicos. Basada en la libertad, generando orden y evolución espontáneos, sus opuestos radicales son cualquier tipo de política social. (...) (Brown, 2021, p. 35)

Todo esto, como señala Murillo:

(...) a fin de evitar que el Estado otorgue “por la fuerza” lo que los menos exitosos no pudieron obtener en el juego. En esa clave, tanto la educación, como la salud, el trabajo, la vivienda o el ocio no son derechos; de este modo, la tendencia es a generar nuevas formas de esclavitud de la fuerza de trabajo a nivel mundial. Más aún, como la sociedad y el Estado son el mercado, y éste es un juego, se abre la puerta a la eliminación de las relaciones políticas y a la naturalización de la ubicación al frente de los dispositivos estatales de empresarios y gerentes ligados al éxito en el juego-mercado, cuya única regla moral es la competencia y el triunfo en los negocios. (...) (Murillo, 2018, p. 414)

De este modo, la política se ha convertido en un cáncer social que debe ser extirpado para el correcto y libre funcionamiento de la sociedad; es decir, se equipara sociedad civil con mercado, donde la variable política no debe intervenir para no enturbiar la pureza de la ecuación de los mercados. Esto anula la acción de los sindicatos en defensa de los derechos de los trabajadores, así como la de las asociaciones civiles (movimientos ecologistas, personas con discapacidad, LGBTIQ+, grupos racializados, movimientos de jubilados y desocupados, trabajadores precarizados, etcétera) en su demanda por la reivindicación de derechos.

(...) Cualquier grupo organizado que ejerza un lobby para obtener del Estado o de la clase política algún tipo de beneficio en detrimento del resto de los individuos es visto como pernicioso, pues consolida un vínculo parasitario entre Estado y grupos lobbystas, considerando a los partidos políticos como principales responsables de esta dinámica. La solución frente a este tipo de relación es para algunos un Estado fuerte que se aísla de la presión de esos grupos y busca preservar algún tipo de interés general por el orden competitivo. Otros desconfían de cualquier forma de Estado fuerte y por ello se limitan simplemente a criticar estas formaciones

que buscan obtener beneficios a expensas de los individuos de la sociedad.
(Paolicchi, 2021, p. 14)

Como cualquier tendencia fascista y autocrática, el neoliberalismo percibe cualquier conducta reñida con sus intereses como contraria y enemiga, más aún si estos comportamientos provienen de masas descontentas o protestas de trabajadores que cuestionan sus intereses estrictamente económicos. Ejemplos de dicha tendencia son la tala indiscriminada de árboles para favorecer los agronegocios, la contaminación de ríos y medioambiente por parte de las industrias, el achicamiento del Estado con el objetivo de reducir impuestos a las grandes inversiones (generalmente de capitales extranjeros), entre otros. Como afirma Paolicchi, “la salida es la misma: solo la concentración de todo el poder en una figura puede asegurar el conjunto de reformas hacia un orden competitivo” (2021, p. 18).

3. Neoliberalismo y democracia. Una pareja en discordia

Es posible afirmar que el neoliberalismo resulta una doctrina económica —teoría para la acción— creada para oponerse al Estado, la política y lo público; para achicar su espacio de acción y de poder, y dejar más amplitud, “libertad” de movimiento al mercado, el sector privado y la economía. Otra de las diferencias con el liberalismo clásico es que el neoliberalismo se propone tomar el poder, el Estado (por la democracia o por la fuerza), para garantizar las condiciones de libre mercado. Como señala Paolicchi, “el discurso neoliberal no se contentó con quedarse en el plano intelectual sino que algunos de sus representantes trataron de ejercer influencia directa en las políticas de diferentes gobiernos o pensaron en sujetos políticos que pudieran transformarse en los portadores de sus proyectos” (2021, p. 5).

Esta ambición de poder es una característica propia del neoliberalismo. De hecho, Brown señala que los neoliberales “desprecian a los políticos y a la política y a la vez evidencian una voluntad de poder y una ambición política feroces” (2021, pp. 22–23), puesto que la clase política es la responsable de administrar la cosa pública, no asuntos de privados. Este rasgo no se encuentra en los autores del liberalismo clásico, quienes confiaban en que “la mano invisible” haría todo por sí misma sin intervención ni del Estado ni de los poderes públicos; solo los privados, el comercio, sus propias legislaciones de derecho privado. De modo tal que el neoliberalismo

advirtió la necesidad de intervenir directamente en la política como único medio para favorecer sus intereses empresariales y sectoriales.

Fraser sostiene que, en el caso del neoliberalismo y su relación con la política, “lo que se compromete son los poderes públicos, tanto nacionales como transnacionales, que garantizan los derechos de propiedad, hacen cumplir los contratos, arbitran en disputas, sofocan las rebeliones anticapitalistas y preservan la oferta monetaria” (2023, p. 53). Todo debe funcionar por y para los mercados; la política sería entonces una herramienta privada, una *ancila*, para los empresarios, y no un instrumento público para el bien común, la felicidad y prosperidad de los pueblos.

Una herramienta política para la dominación es la sujeción del poder político local a decisiones alineadas con el exterior, donde uno de esos instrumentos es el endeudamiento externo. Como advierte Brown, “la soberanía económica del Estado nación sería suplantada por las reglas y acuerdos tomados entre instituciones supranacionales como la Organización Mundial de Comercio, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional” (2021, p. 44).

Fraser advierte que esto culmina en el “momento en que el neoliberalismo canibaliza las capacidades políticas de las cuales dependió el capital a lo largo de la historia, tanto en el nivel del Estado como en el geopolítico” (2023, p. 41).

(...) en las tendencias neoliberales la democracia puede ser un medio solo cuando es controlada para favorecer a los grandes grupos económicos de poder; las dictaduras nunca son mal vistas, si les son afines. Pero también muestra, sin máscaras, el objetivo de desindustrializar a Argentina, con fines de ahogar la soberanía económica y, a través de la generación de desocupación, hacer olvidar paulatinamente derechos sociales. (Murillo, 2018, p. 405)

Es decir, el neoliberalismo busca conscientemente ir de lo económico a lo político, transformándose de doctrina económica en doctrina política; busca invadir y copar el espacio del poder público para garantizar las condiciones requeridas por el capitalismo y el libre mercado. Como afirma Fraser, “el efecto de esta evolución radica en convertir ‘lo político’ en otro sitio fundamental de crisis del sistema” (2023, p. 41).

Por tal motivo, se idearon técnicas y tecnologías políticas —fundamentalmente desde lo comunicacional, con los aportes de Walter Lippmann y sus estudios sobre opinión

pública—, todo ello en beneficio de los poderes económicos y financieros, pero no del pueblo, que resulta el gran olvidado. En este círculo que se retroalimenta, lo social no cuenta; las necesidades sociales como educación, salud o seguridad deben correr por cuenta del individuo. La política ya no se ocupará de resolver los problemas sociales, sino los del mercado.

En su comparativa entre mercado y democracia, el neoliberalismo pretende ignorar que cuando se habla de política o democracia se está en los dominios del derecho público, puesto que la dinámica política se desarrolla dentro de un marco de instituciones públicas: partidos políticos, juzgados, tribunales electorales, órganos de fiscalización y control. El mercado, en cambio, se rige por leyes del derecho privado: contratos entre particulares, comercio y mercantilización de bienes y servicios. Todo lo cual es ajeno a la esfera pública estatal.

Otra distinción relevante es que, para la política, el individuo es un ciudadano que se plenifica en un Estado de derecho; mientras que, para el neoliberalismo, es un comprador que se realiza en el mercado. El ciudadano tiene acceso a la plenitud de sus derechos; el comprador, solo a lo que su poder adquisitivo le permite. El ciudadano nace con derechos —incluso antes de nacer, según ciertas legislaciones—; el comprador debe construirse como tal de acuerdo con las posibilidades que le otorgan el mercado, la sociedad y la competencia desigual.

El mercado puede segmentarse conforme al interés del comprador. El derecho, la política y la democracia no pueden segmentarse según intereses particulares, porque son de carácter público. Un derecho no puede ampliarse para el beneficio exclusivo de un solo individuo; el poder adquisitivo sí.

Con tantas muestras de desprecio y odio hacia la democracia (“el mercado funciona mejor que la democracia”), propuestas abiertamente autoritarias, desconsideración por la división de poderes como principio republicano —presidentes y ministros con poderes extendidos que avasallan funciones de los otros órganos del Estado—, podría pensarse que el neoliberalismo añora una restauración monárquica con un poder superconcentrado. Como advierte Paolicchi, “a veces, en algunos países es necesario, por cierto tiempo, tener un dictador y que este pueda gobernar de una manera liberal” (2021, p. 18).

Así, uno de los mayores éxitos del neoliberalismo —y a la vez el mayor fracaso del progresismo— consistió en hacer creer a las personas que no se necesita del

Estado. Esto implica un cambio en la matriz de dominación. El Estado, al subsidiar tantos aspectos de la vida ciudadana, generó una falsa conciencia de autosuficiencia individual, lo cual dejó al Estado en un rol de mero espectador y administrador de recursos. De modo que los individuos no tuvieron inconvenientes en reemplazar una forma de dominación por otra que consideraban propia, empoderante, independiente.

De esto a la *gubernamentalidad* neoliberal (capital humano, empresario de sí mismo, autoexplotación, trabajo 24/7, etcétera) hubo un solo paso. El secreto detrás de este andamiaje intelectual está, como ya advirtió Foucault, en que:

(...) se apoya en el principio según el cual una verdadera y específica nueva economía del poder tiene que lograr hacer crecer constantemente las fuerzas sometidas y la fuerza y la eficacia de quien las somete. (Foucault, 1979, p. 149)

Podría denominarse *matriz de dominación* a aquel plexo de prácticas políticas (políticas públicas y sociales, obra pública, planes sociales, subsidios, empleo público, etcétera), económicas, culturales, comunicacionales y sociales que tienen su base en la ideología hegemónica del sector gobernante, y que tienen por objetivo mantener estable la relación mando-obediencia: un vínculo político muy estrecho entre la clase política —gobernantes, legisladores— y el pueblo, la ciudadanía o una parte de ella que cree en sus postulados doctrinarios.

Para resumir las principales características del liberalismo, neoliberalismo y libertarismo, se propone el siguiente cuadro comparativo:

Cuadro 1: Comparación entre liberalismo, neoliberalismo y libertarismo

Liberalismo	Neoliberalismo	Libertarismo
Es básicamente una doctrina económica (basada en los postulados de Adam Smith y David Ricardo) que propugna la libertad de comercio, la libre circulación de mercancías y un Estado con funciones mínimas como garante de ciertos servicios públicos (justicia, educación, seguridad y salud).	No se trata solo de una doctrina económica, sino de una racionalidad que pretende <i>performar</i> la vida de los ciudadanos. Sus postulados ponen énfasis en el individualismo y en la plena responsabilidad del sujeto como agente de su propia economía individual, dejando al Estado la administración y el aseguramiento de las condiciones para la libertad individual.	Es una radicalización del neoliberalismo, llevada a extremos de individualismo y desprecio casi total del Estado y del colectivismo. El individuo es responsable de su propia seguridad, salud y educación, hasta el punto de que el Estado desaparece incluso en cuestiones básicas, permitiendo la desregulación de la venta de armas, órganos o la libertad de vientres, entre otras.

Elaboración Propia

4. El neoliberalismo en la Argentina reciente

La historia reciente del neoliberalismo en la Argentina puede encontrarse en las décadas de 1960 y 1970, con los periodos convulsos tras algunas victorias de las guerrillas socialistas en Centroamérica y el contexto global de la Guerra Fría, en la cual se disputaban dos modelos polarizados de mundo: el de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y el liberal de Occidente liderado por los Estados Unidos y Europa occidental.

El bloque occidental, en su disputa geopolítica, no dudó en apoyar financiera, política y militarmente a aquellos países que pugnarán por evitar la expansión del socialismo en Latinoamérica, sin importar su tipo de gobierno (dictaduras militares, autoritarismos democráticos, democracias liberales, etcétera) (Auat, 2021; Semán, 2021; Brown, 2021, 2016).

La experiencia que tenemos del neoliberalismo se inicia con políticas económicas que, para implementarse, necesitaron arrasar violentamente con una generación de dirigentes políticos, sociales, sindicales, barriales e incluso religiosos, mediante asesinato, desaparición y tortura durante las dictaduras encabezadas por Pinochet y Videla en el cono sur de nuestra América. (...) (Auat, 2021, p. 9)

Durante la pandemia de COVID-19, la sociedad mundial experimentó una pérdida de su libertad ambulatoria y, finalmente, cuando se salió del confinamiento obligatorio, la ciudadanía reclamaba su libertad; pero al mismo tiempo una libertad que no solo significaba libertad de movimiento, sino también liberarse de todo lo que significó el estado policiaco montado por los gobiernos nacionales y subnacionales.

Esta revolución apuntó a liberar los mercados y la moral para gobernar y disciplinar a los individuos mientras maximizaba la libertad, y lo hizo demonizando lo social y la versión democrática de la vida política. (...) (Brown, 2021, pp. 34–35)

Ese reclamo de libertad se extendió también hacia una liberación económica de la dependencia estatal: los comerciantes exigían poder volver a abrir sus negocios, los trabajadores deseaban regresar a sus empleos, los industriales querían reactivar la producción. En síntesis, se buscaba volver cada uno sobre sí mismo, a sus propias

actividades, y salir de un mandato universal impuesto por el Estado.

Al respecto, explica Auat:

(...) El discurso neoliberal del individualismo, del empresario de sí o de la meritocracia, suena hueco y desubicado si para no contagiarnos necesitamos que el otro tampoco se contagie. Nunca como hoy resulta más claro que “la patria es el otro”, y que nadie se salva solo. Es la oportunidad no solo para el Estado, sino también para lo comunitario, para las militancias por fuera del Estado y articuladas con el Estado. (Auat, 2021, p. 16)

Esta situación sociopolítica tan particular hacía ver al Estado como un aparato represor, obstaculizador, negador de las libertades individuales. Desde el kirchnerismo se pensó que esa matriz de dominación podía mantenerse incólume por décadas, sin innovación política ni variaciones en las prácticas gubernamentales. Sin embargo, lo que el pueblo expresó fue un agotamiento de esas prácticas (sumadas a casos de corrupción) y un deseo de cambio, de liberarse de esa clase política percibida como corrupta y parasitaria. De hecho, ese fue uno de los principales ejes de la campaña electoral de Milei.

(...) los mercados y la moral así retorcidos se sometieron mutuamente a la gramática y al espíritu del otro, es decir, que la moralidad se mercantilizaba y los mercados se moralizaban. A través de este proceso, ambos se politizaron como creencias en pugna. (...) (Brown, 2021, p. 41)

Este panorama microeconómico vino a representar la libertad que Milei proponía desde su ideología a nivel macroeconómico y macropolítico.

(...) La posmodernidad, heredera de las rebeldías juveniles del '68 que cuestionaron el orden establecido, inesperadamente venía a darle energías a las subjetividades neoliberales del “cuidado de sí”. (...) (Auat, 2021, p. 5)

5. La campaña electoral de Javier Milei

Más allá de sus ideales neoliberales libertarios —que dan lugar al nombre de la coalición de gobierno, *La Libertad Avanza*— es notable cómo este ideal, que designa a

la ideología del partido gobernante, tuvo su origen en el reclamo de la ciudadanía en la pospandemia.

(...) No registra el nihilismo intensificado que desafía a la verdad y transforma la moral tradicional en armas de batalla política. (...) (Brown, 2021, p. 28)

Batalla que comenzó siendo entre negacionistas y conspiracionistas contra la propia y desconcertada ciencia, y que con el tiempo se convirtió en el duelo entre libertarios individualistas, por un lado, y estatistas colectivistas, por el otro, en el marco de una campaña electoral sumamente polarizada.

Con una plataforma electoral innovadora y rupturista frente a la idea del Estado dador de bienestar o Estado providencia, Javier Milei propuso soluciones individualistas que llamaron la atención precisamente por empoderar al ciudadano en cuestiones donde el Estado se percibía como ausente (inseguridad creciente, aumento de la inflación, aumento del desempleo, etcétera). Como señala López Álvarez, “la demanda de una nueva cultura política se arma en torno a nociones como la descentralización o la autogestión, y se desvincula del marco de la izquierda política tradicional” (2019, p. 127).

Todo ello coincidía, por medio de la personalidad de Javier Milei —histriónica y casi histérica— con lo que venía proponiendo: por ejemplo, en seguridad, la liberación de la venta de armas (“el ciudadano puede y debe hacerse cargo por sí mismo de su propia seguridad”); en materia económica, frente a una inflación irrefrenable, “si no tienes dinero puedes vender un órgano”; y tantas otras propuestas orientadas a dejar casi cualquier aspecto de la vida social y política en manos de los propios individuos.

De este modo, se puede observar que una de las estrategias utilizadas por Javier Milei en su campaña de posicionamiento —que le sirvió como carta de presentación ante la opinión pública argentina y mundial (puesto que no solo necesitaba que el pueblo argentino conociera su propuesta, sino también los grandes empresarios extranjeros y organismos de crédito internacionales)— fue su participación constante en cuanto programa radial y televisivo le fuera posible. Siempre invitado y presentado como economista experto, prometía terminar con la inflación (mediante la dolarización y el cierre del Banco Central de la República Argentina como gran panacea), con el exceso de gasto público —identificado como la madre de todos los males económicos y sociales—, con el déficit fiscal, la corrupción, entre otras tantas medidas estrictamente

económicas para solucionar los problemas del país.

(...) Pero fueron sobre todo los medios de comunicación y determinados comunicadores quienes instalaron el relato de la inevitabilidad, neutralidad y tecnicidad de las medidas económicas, desplazando a la política de la toma de decisiones, y arrumbando a los políticos en un oscuro y vetusto escenario de corrupción e ineficacia. (...) (Auat, 2021, p. 4)

Lo más disruptivo y novedoso de la campaña de Milei fue el cambio en la matriz de dominación: una transformación en la relación entre gobernantes y gobernados, marcada por el empoderamiento del individuo que clama por emanciparse de un Estado que brinda recursos, pero no soluciones.

Durante la campaña presidencial, se buscó instalar una serie de temas deliberadamente ambiguos, como el concepto de “la casta”. Con esta noción, se pretendía identificar a toda la clase política como privilegiada dentro de un sistema corrupto que obtenía ganancias personales a costa de los recursos públicos. El objetivo era desacreditar a dicha clase —por corrupta e ineficiente— presentando a los tecnócratas de la economía como figuras inmaculadas. En este sentido, cobran relevancia las ideas platónicas del *filósofo-rey* o del *capitán de barco* que guía a su tripulación en medio de tormentas (Platón, 1988), que para el neoliberalismo solo pueden ser de orden económico. No existen “tormentas” sociales, políticas, educativas, sanitarias, de vivienda o desempleo.

La política y la clase política son asociadas a la corrupción, el clientelismo y el patrimonialismo. La moralización viene desde afuera, desde lo económico, como si el campo económico no estuviera igualmente expuesto a prácticas corruptas. Como señala Murillo, “en ese sentido, el uso acrítico del concepto metafísico de ‘corrupción’ se muestra en la actualidad como un instrumento para tratar de naturalizar ese modelo político” (2018, p. 418). Sin embargo, poco importa que, por ejemplo, Donald Trump haya sido el primer presidente de Estados Unidos electo pese a estar condenado por falsificación.

Tal como explica Paolicchi:

El desarrollo de esta noción en el caso de Buchanan ha llevado a una visión de la democracia en la cual solo existen grupos o individuos privados que solo buscan de los políticos beneficios de todo tipo, los cuales intercambian favores o prebendas por permanencia en el sistema político. Esta manera

de concebir el funcionamiento del sistema político democrático a su vez ha llevado a una representación muy escéptica, o realista dirían algunos (a la que se llama “rent seeking democracy”), que termina de caracterizar a la democracia como un sistema que piensa siempre solo en el corto plazo y en el cual unos pocos explotan a una mayoría. (Paolicchi, 2021, p. 13)

Otra estrategia consistió en presentar a la economía como la solución a todos los males producidos por la política, con propuestas y conceptualizaciones tan particulares de las ciencias económicas como alejadas de la comprensión popular. Como advierte Murillo:

(...) El público se forma alrededor de un problema o un acontecimiento que por naturaleza él no es capaz de proponer o resolver. Su rol consiste en alinearse alrededor de una proposición que no le incumbe formular. (...) (Murillo, 2018, p. 402)

Los medios de comunicación serían los encargados de transmitir los mensajes de los discursos políticos y hacerlos parte de la opinión pública. Esos discursos tienen una manera de moldear los estereotipos, crearlos e impulsar a los sujetos a perseguir ciertos fines. Ello se logra a través de buscar la manera de hacer los mensajes impactantes para llegar del modo más efectivo al público a través de la creación de polémicas. En ese sentido, sostiene Lippmann, es importante crear discursos ambiguos, usando temas generales a través de los cuales los sujetos puedan identificarse y unirse a ciertas ideas o políticas, independientemente de que ellas expresen o no sus propios intereses; lo fundamental es que se sientan involucrados como individuos en la agenda que los medios proponen y con ello experimenten que son libres y que participan. (...) (Murillo, 2018, p. 401)

Así se prometió electoralmente el cierre del Banco Central de la República Argentina, la dolarización de la economía, la salida del “cepo” al dólar, déficit fiscal cero, entre otras medidas. También se incluyeron temas como el ajuste fiscal, la política cambiaria, la política monetaria, la venta de órganos o la tenencia de armas. Todo esto fue ofrecido como una solución inmediata a un público sin conocimientos acabados de economía, con el fin de quitar de la agenda pública cuestiones comunes como el empleo, la vivienda, la salud, la educación o la seguridad.

A cambio, se ofrecía al individuo una vaga idea de libertad, diseñada más para servir

al mercado y a los grandes capitales que al propio ciudadano. Así, se desplazaban de la esfera pública conceptos como bien común, políticas sociales, servicios públicos, etcétera. Como señala López Álvarez:

(...) Las diferentes variantes de la planificación, el colectivismo, la social-democracia o el liberalismo social, en particular en su versión keynesiana o *welfarista*, suponen a ojos de los neoliberales la asfixia de las verdaderas energías de las naciones y los individuos. Arrastran un aumento de la burocratización y la ineficiencia, destruyen la libertad y abren un camino de servidumbre que conduce en última instancia —así se dice— al totalitarismo. (...) (López Álvarez, 2019, p. 125)

Durante toda la campaña electoral, el candidato Javier Milei mostró un desdén por el medio ambiente. Se hizo apología de la contaminación ambiental por parte de las empresas, tendiente a justificar la tala indiscriminada por el agronegocio, la contaminación de ríos por la megaminería, o la polución ambiental provocada por industrias. Estas medidas podrían representar soluciones económicas de corto plazo —mediante el ingreso de capitales extranjeros por vías extractivistas—, pero generan daños ambientales a mediano y largo plazo, con el pretexto de “reactivar la economía de mercado”.

Como advierte Fraser:

(...): deuda agobiante, precariedad laboral, formas de sustento sometidas al asedio; servicios deficientes, infraestructuras derruidas y fronteras duras, inflexibles; violencia racializada, pandemias letales y climas extremos, (...) (Fraser, 2023, p. 17)

Como estrategia discursiva, se promovió un desprestigio generalizado de la clase política —constante en muchos países—, que evocaba la consigna “que se vayan todos” del año 2001. El objetivo era deslegitimar la acción pasada de la política, impedir una futura reacción, y justificar así el ingreso al campo político de figuras externas (del mundo económico o empresarial, *outsiders*), tal como ocurrió con el gobierno de Mauricio Macri. Paralelamente, se instaló en la opinión pública una percepción exagerada de la magnitud de la crisis económica (inflación y desempleo), con el propósito de legitimar cualquier tipo de ajuste económico, fiscal y financiero (Auat, 2021; Semán, 2021; Brown, 2021, 2016).

6. El gobierno neoliberal de Javier Milei

Celebradas las elecciones del 22 de octubre de 2023, Javier Milei fue electo presidente de la República Argentina y comenzó su mandato el 10 de diciembre de ese año. En la primera parte de su gobierno, se manifestó una baja tolerancia a la protesta social y a la movilización popular, reprimidas mediante el nuevo protocolo antipiquete impuesto desde el Ministerio de Seguridad de la Nación. Esta situación puede resultar preocupante, ya que no parece haber sensibilidad frente a las consecuencias políticas de la represión. Es posible, por tanto, que se sostengan e incluso aumenten los niveles de represión sin que ello implique una posible renuncia del Gobierno, como ya ocurrió con Alfonsín en 1989 y De la Rúa en 2001. Esta lógica se inscribe en una tendencia regional en la que gobiernos —como los de Perú o Venezuela— se sostienen en el poder pese a intensas protestas sociales reprimidas durante semanas o años.

A ello le siguió un debilitamiento interno y un resquebrajamiento de las relaciones entre el presidente y sus ministros, así como con funcionarios de segunda y tercera línea. Por ejemplo, fue destituido el ministro de Infraestructura, Guillermo Ferraro, y su cartera fue absorbida por el Ministerio de Economía. Igualmente, comenzaron a insinuarse diferencias con la vicepresidenta Victoria Villarroel y con algunos legisladores nacionales de su propio partido, tras desacuerdos por la presidencia del Congreso y la posterior fractura del bloque oficialista.

De este modo, su posición política no resulta tan sólida como aparenta: solo una parte de su electorado le es fiel; otro componente proviene del espacio Juntos por el Cambio (JxC), particularmente del PRO, y un sector más difuso de la UCR. El tercer componente corresponde a votantes independientes que modificarán su preferencia según les sean favorables o no las condiciones socioeconómicas. Por ello, desde el inicio, el Gobierno nacional enfrentó dificultades para construir gobernabilidad con el poder legislativo, lo que se tradujo en desequilibrios institucionales como el rechazo del DNU N.º 70/2023 y de la denominada “Ley de Bases y Puntos de Partida para la Libertad de los Argentinos”.

Otro aspecto negativo fue la mala relación inicial con algunos gobernadores. El presidente parece no comprender que la llave para destrabar conflictos legislativos se encuentra en los gobernadores, a quienes responden los legisladores nacionales. Si continúa lesionando intereses provinciales —por ejemplo, quitando recursos

económicos y formulando declaraciones ofensivas— se dificultarán los consensos parlamentarios y subnacionales necesarios para alcanzar la gobernabilidad.

Desde sus comienzos, el Gobierno nacional utilizó el ahogo fiscal y económico a las provincias como herramienta de presión: por ejemplo, la discusión del aumento de dietas legislativas o el financiamiento de la obra pública a cambio de apoyo legislativo. Ello refleja una incapacidad para producir consensos con distintas fuerzas sociales y políticas, lo que derivó en el llamado “Pacto de Mayo”, un intento por articular acuerdos legislativos, fiscales y financieros orientados al déficit cero.

Como señala López Álvarez:

(...) Su modelo de ingeniería social lo dispone como una apología del reajuste continuo. La inmensa serie de programas de intervención que despliega sobre las instituciones educativas, sanitarias o penales se apoya invariablemente en la jerga del dinamismo: es preciso reformar, incentivar, reestructurar, movilizar, flexibilizar, adaptar, estimular. El mandamiento de la actividad ilimitada atraviesa todas las escalas de la dominación, desde el plano de gobierno supranacional al del individuo. En cada caso, se trata de vencer el estancamiento, la lentitud, los estados graves o inerciales. (...) (López Álvarez, 2019, p. 130)

No obstante alcanzar algunos de los mencionados logros económicos iniciales, comienzan a visibilizarse protestas sociales crecientes, pues los indicadores macroeconómicos no se traducen en mejoras microeconómicas para las clases medias y bajas. Frente a este panorama, se producen nuevos reacomodamientos intragubernamentales —renuncias, cambios ministeriales, fracturas políticas como la relación Milei-Macri— en un intento por estabilizar el escenario y redefinir el rumbo económico y político del Gobierno.

Como argumenta Paolicchi:

Esta concepción del funcionamiento político democrático termina de identificar otro de los enemigos constantes del pensamiento político neoliberal: grupos de interés que buscan ejercer influencia o directamente manejar el sistema político en función de obtener beneficios particulares en detrimento del resto de los grupos o los individuos. La peor de las consideraciones en esta dinámica se la llevan, no obstante, los partidos políticos en tan-

to encarnaciones institucionales o castas que viven de y a costa de los intereses de grupos particulares. (...) (Paolicchi, 2021, p. 13)

De este modo, cualquier tipo de resistencia al actual gobierno es tachada de “política”, por lo que todo reclamo —social, salarial, de colectivos minoritarios, entre otros— es deslegitimado por ser orquestado desde la política, como si esta fuera un virus social. Bajo esta lógica, todo lo que provenga del campo político es considerado contaminado, sin importar cuán justo o legítimo sea el reclamo.

Como señala Paolicchi:

(...), también dos respuestas históricas o dos consecuencias a esos eventos fueron consideradas el camino erróneo en la restauración de la tradición liberal que tanto los preocupaba. Sin duda, uno de los grandes adversarios a toda la tradición neoliberal es el keynesianismo y su reconstrucción de un estado interventor en cuestiones de precios, trabajo, salud y educación. Pero antes que Keynes y su idea del estado, el gran enemigo es lo que ellos llamaban el colectivismo, representado en esos momentos por el régimen soviético y sus adláteres fascistas alemanes e italianos. (...) (Paolicchi, 2021, p. 7)

De manera que el neoliberalismo intenta destruir la política y la democracia, puesto que su modelo es el empresarial, y nada hay más autoritario que una empresa, donde una sola persona manda por la cantidad de capital que posee (dueño, socio, gerente), no por voluntad popular. Siguiendo esta lógica economicista, el modelo neoliberal desprecia al conjunto de la sociedad, porque su objetivo es aumentar egoístamente su capital sin compartirlo con nadie (Auat, 2021; Semán, 2021; Brown, 2021, 2016).

El Estado está conformado por la suma de todos sus ciudadanos, ya que uno de sus elementos constitutivos es la población; el segundo, el territorio, y el tercero, el poder soberano ejercido sobre ese territorio. Tampoco es posible construir una sociedad sobre sus fragmentos, como pretenden el neoliberalismo y las derechas: una sociedad fragmentada, individualista, carente de solidaridad, con intereses mezquinos y sin fraternidad.

7. Consecuencias actuales y futuras del neoliberalismo

Actualmente, desde el Gobierno se deslegitiman las protestas vinculadas al cambio climático, desoyendo totalmente a la ciencia, como si la economía fuera una ciencia exacta a la que hay que obedecer, cuando en realidad no es más que una ciencia social como tantas otras que también se desprecian.

Como advierte Fraser:

(...): una sociedad que autoriza a una economía oficialmente designada a acumular valor monetizado para sus inversionistas y propietarios, a la vez que devora la riqueza no económica del resto de los individuos. (...) (Fraser, 2023, p. 19)

De este modo, las industrias tendrían libertad para continuar contaminando el medio ambiente, talando árboles, explotando recursos naturales y extrayendo minerales, sin regulación ni contención. Como advierte nuevamente Fraser:

(...), las condiciones del sistema lo vuelven proclive no solo a las crisis económicas sino también a las crisis del cuidado, la ecología y la política, todas ellas en pleno florecimiento por cortesía del prolongado periodo de atracción corporativo conocido como neoliberalismo. (Fraser, 2023, p. 20)

Algo que solo parecía cierto en el universo de los videojuegos —títulos como *Detroit: Become Human*— o en películas de ciencia ficción como *El hombre bicentenario*, pone de manifiesto que ese futuro ya no pertenece únicamente al género. Como advierte Fraser:

(...) el neoliberalismo promete obliterar la frontera naturaleza/humanidad: basta con ver las nuevas técnicas reproductivas y la evolución continua de los cyborgs. (...) (Fraser, 2023, p. 38)

En tal sentido, entender el neoliberalismo es comprender que la humanidad no le interesa: solo le incumben cuestiones relacionadas con la economía, el dinero, los negocios, las finanzas, la industria y un largo etcétera, donde el planeta, los recursos naturales y el ser humano solo cuentan como engranajes del sistema de producción.

La racionalidad económica como rectora de nuestras vidas, la urgencia de lo económico, el egoísmo de la economía individualista han erosionado los lazos sociales. Las

personas se han olvidado del otro, del amor hacia la pareja, el vecino, el amigo, la familia. Cada quien mira solo por sí mismo: todo se monetiza. Hoy parece que ya nadie se preocupa por la salud, la educación o el alimento del otro.

Como observa Auat:

(...), la figura del “empresario de sí” como modelo de sujeto que gestiona sus propias capacidades como “capital humano”, en un trabajo autónomo permanente que tiende a acrecentar su valor o su cotización en el “mercado” social, pudo haber sido resignificada en los múltiples proyectos de “microemprendimientos” o de “emprendedores” como organización social autónoma que luego confluyen en las redes o federaciones de la economía popular. El “empresario de sí” resulta resignificado cuando el concepto se inserta en usos colectivos con finalidades de empoderamiento popular, más allá de las intenciones originarias del Banco Mundial. (...) (Auat, 2021, p. 13)

Con esta lógica empresarial del sujeto, se observan padres que ni siquiera velan por sus hijos luego de cierta edad —dieciocho años— como si fuera una ley natural o biológica. Esta visión, basada en principios casi animales, legitima el discurso neoliberal de competencia, el “hombre como lobo del hombre”, donde predomina el egoísmo más puro. Esto sin duda conduce a una forma de animalización del género humano.

Junto con el desarrollo de la inteligencia artificial, el neoliberalismo está vaciando de contenido aquello más humano que tiene la persona: la capacidad de razonar no solo por sí misma, sino también por el otro. Como advierte Murillo:

(...) En ese sentido, lo que son estrategias políticas trazadas desde espacios hegemónicos de poder se presenta imaginariamente como autorresponsabilización moral. (...) (Murillo, 2018, p. 402)

La vida, así, se convierte en una cuestión curricular, limitada a responder preguntas como: ¿qué calificación tienes?, ¿en qué trabajas?, ¿cuánto ganas?, ¿cuál es tu escalafón? Y se olvidan las preguntas fundamentales de la existencia: ¿tienes salud?, ¿eres feliz?, ¿tienes una vivienda digna?, ¿tienes acceso a la educación?

Estas son preguntas que el individualismo y egoísmo neoliberal no se plantea, porque el otro es visto como un competidor que debe ser doblegado, vencido o eliminado en

el camino hacia el éxito personal. Como concluye Paolicchi:

(...) Pareciera ser que el ideal de sociedad de los neoliberales es un conjunto de individuos aislados —una “civilización individualista”, (...) (Paolicchi, 2021, p. 13)

(...) Así como los microemprendimientos pueden resignificarse en función de la construcción de subjetividades populares excluidas, también pueden dar lugar a un “neoliberalismo desde abajo” (Gago, 2015) por el arraigo de dispositivos de consumo y financiarización que, pese a la pretensión de ampliar la ciudadanía y los derechos, terminan consolidando la subjetividad neoliberal. (Auat, 2021, pp. 13–14)

La gran ventaja que esto representa para el neoliberalismo radica en el hecho de que se crea la ilusión de que todas las personas deben aspirar a ser burgueses; es decir, capitalistas, empresarios de sí mismos. Como afirmaron Marx y Engels:

La burguesía ha desgarrado el velo del emocionante sentimentalismo que encubría las relaciones familiares, y las ha reducido a simples relaciones de dinero. (2004, p. 30)

Esta sería una estrategia del neoliberalismo para borrar la línea divisoria entre burgueses y proletarios, entre asalariados y patronos, eliminando las clases sociales mediante la creación de una falsa conciencia de clase. Así, se anulan las luchas sociales, los reclamos de los trabajadores —que ya no serían tales, sino emprendedores— y, en consecuencia, se alcanzaría el tan anunciado “fin de la historia”.

Como expresa Murillo:

De este modo, lo que en apariencia es parte de una discusión epistemológica, viene a sentar una de las bases de una estrategia discursiva que intenta legitimar hasta el presente, por un lado la anulación de toda exigencia de derechos por parte de los trabajadores; así como por otro, la autorresponsabilización de todo ser humano respecto de su propia vida y muerte y su transformación en “emprendedores”; este proceso estimula la ruptura de lazos de solidaridad entre pares (Presta, 2016), lo cual es una de las condiciones centrales de las resistencias y de la construcción de sujetos colectivos; todo lo cual conlleva un intento de transformar los principios organizativos del Estado y los dilemas conceptuales que caracterizaban el

liberalismo clásico. (Murillo, 2018, p. 397)

De esta manera, se disuelve el lazo social y se atomiza la comunidad: la solidaridad desaparece y solo quedan individuos luchando por sus propios intereses, desligados de cualquier referencia con el prójimo. El sujeto neoliberal no reconoce vínculos ni con su entorno inmediato, ni con su región, ni con su nación, y mucho menos con la clase trabajadora a nivel global.

Como advierte Brown:

(...) las agendas políticas “liberales”, las agendas económicas neoliberales, y las agendas culturales cosmopolitas generaron una creciente experiencia de abandono, traición y finalmente rabia, por parte de los nuevos desposeídos, las clases trabajadoras y medias del Primer y el Segundo Mundo. (...) (Brown, 2021, p. 24)

Esa ha sido —y continúa siendo— la estrategia global del neoliberalismo. De ahí proviene su odio explícito hacia los sindicatos, los partidos populares, comunistas o socialistas.

La felicidad como meta de vida individual —que cada vez parece más inalcanzable porque solo se logra en comunidad— y el bien común como aspiración colectiva de una sociedad políticamente organizada, se han vuelto nociones casi olvidadas del léxico político contemporáneo. Paradójicamente, el neoliberalismo, con sus políticas de ajuste y empobrecimiento de la clase trabajadora, vino a poner un límite estructural a estas aspiraciones.

Es evidente que nadie se salva solo. El ser humano no se desarrolla al estilo de Robinson Crusoe, ni como el personaje de Tom Hanks en *El naufrago*. En este naufragio social y político que pretende provocar el neoliberalismo —si se permite la metáfora—, toda persona anhela ser rescatada por un otro: por alguien que lo devuelva a la civilización, a la sociabilidad, a la comunidad a la que realmente pertenece.

8. Conclusiones

El fascismo, la derecha y el neoliberalismo ya no llegan con garrotes (salvo cuando se trata de reprimir al pueblo trabajador o las protestas sociales que buscan reivindicar

derechos), sino con billetes: para invertir, aumentar sus ganancias y empobrecer a la ciudadanía. Ya no se presentan con uniformes militares, sino con trajes y corbatas. Solo cambia la fachada, porque las ideas y consignas siguen siendo las mismas: discursos de odio, misoginia, racismo e individualismo que intentan desarticular todo lazo social y comunitario. La bestia (neo)fascista no desaparece: se transforma.

No obstante ello, y contrariamente a lo que el neoliberalismo pretende sobre la solidaridad y la justicia social —al tildarlas de conceptos arcaicos, supuestamente atávicos—, se esgrime que tales valores responden a una etapa primitiva de la evolución humana, residuo de un cerebro reptiliano organizado para la cacería y la supervivencia grupal. Pero de esta contradicción estructural —como tantas otras del pensamiento neoliberal— se deduce que lo natural en el ser humano es precisamente la solidaridad y la unión para alcanzar un bien común. Ese principio se ve distorsionado por el egoísmo individualista y la competencia darwiniana, que convierten al hombre en lobo del hombre.

Es cierto que en ocasiones las respuestas del Estado no resultan suficientes, y que el sector privado o los ciudadanos deben tomar la iniciativa ante problemas públicos, cuando el aparato estatal se ve desbordado. Sin embargo, la solución no es —como postula el neoliberalismo— destruir el sector público, sino todo lo contrario: reforzarlo, complementarlo con iniciativas privadas o individuales de carácter cualitativo. Esto implica mejorar a la ciudadanía desde la ética pública, el compromiso cívico y el ejemplo moral, empezando por los gobernantes y proyectándose hacia los más vulnerables.

Solo con un poder judicial verdaderamente independiente, donde la corrupción sea combatida con todo el rigor del derecho, lo público y lo privado podrán reconciliarse. Así, los ciudadanos entenderán que son parte de una nación que les brinda respuestas reales a sus necesidades, independientemente de la esfera desde la que actúen, porque el Estado es la casa común de todos, sin exclusiones.

El gran problema que afronta históricamente la Argentina es la falta de un rumbo ideológico y político estratégico estable. El país oscila entre modelos opuestos: el neoliberalismo (Menem en los años noventa, De la Rúa hasta 2001, Macri entre 2015 y 2019, y Milei desde 2023) y el populismo progresista (los peronismos anteriores a las dictaduras, el kirchnerismo entre 2003 y 2015, Fernández entre 2019 y 2023). Esta oscilación constante impide consolidar una identidad ideológica como nación

y provoca cambios abruptos en estrategias políticas, económicas, diplomáticas y sociales.

En lugar de mantener un rumbo con coherencia histórica, Argentina sufre un vaivén que es más causa de sus retrocesos que de sus avances. La clase política debería fijar lineamientos ideológicos de largo plazo que le permitan crecer sin sobresaltos. No se trata de eliminar el pluralismo, sino de evitar el extremismo pendular. Modelos como el parlamentario europeo —con recambios internos sin disrupción institucional— o el estadounidense —con alternancia entre liberalismo moderado y conservadurismo ortodoxo— podrían servir de referencia para construir un sistema político más estable, institucional y previsible.

9. Referencias bibliográficas

- Auat, A. (2021). ¿Qué hacer con el neoliberalismo? *Erasmus. Revista para el diálogo intercultural*, 23.
- Brown, W. (2016). *El pueblo sin atributos: la secreta revolución del neoliberalismo*. Malpaso.
- Brown, W. (2021). *En las ruinas del neoliberalismo*. Tinta Limón.
- Foucault, M. (1979). *Microfísica del poder* (2.^a ed.). Ediciones de La Piqueta.
- Fraser, N. (2023). *Capitalismo caníbal. Qué hacer con este sistema que devora la democracia y el planeta, y hasta pone en peligro su propia existencia*. Siglo Veintiuno.
- Hobbes, T. (2005). *Leviatán. O la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil* (5.^a reimp.). Fondo de Cultura Económica.
- Laval, C., & Dardot, P. (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Gedisa.
- Laval, C., & Dardot, P. (2017). *La pesadilla que no acaba nunca*. Gedisa.
- López Álvarez, P. (2019). Lo imposible y lo inevitable. Aspectos del neoliberalismo. En *¡Autonomía! ¡Automatización! Dispositivo para el fomento del pensamiento crítico contemporáneo* (pp. 124–133). TEA - Tenerife Espacio de las Artes.

- Marx, K., & Engels, F. (2004). *El manifiesto comunista*. Fundación Federico Engels.
- Murillo, S. (2018). Neoliberalismo: Estado y procesos de subjetivación. *Entramados y perspectivas. Revista de la carrera de Sociología*, 8(8), 392–426.
- Paolicchi, L. (2021). La democracia y la política bajo diseño. Algunas configuraciones del capitalismo neoliberal. *Erasmus. Revista para el diálogo intercultural*, 23(1).
- Platón. (1988). *Diálogos IV: República* (1.^a reimp.). Editorial Gredos.
- Semán, E. (2021). *Breve historia del antipopulismo. Los intentos por domesticar a la Argentina plebeya, de 1810 a Macri*. Siglo Veintiuno Editores.
- Vattimo, G. (1987). *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*. Gedisa Editorial.

Presentado para evaluación: 8 de febrero de 2025.

Aceptado para publicación: 09 de Junio de 2025.